

Fe : Servicio : Sacrificio

Un lema: VENCERÁS, JUVENTUD

EN una brusca pendiente, ladera del campo de deportes existente al lado de la Academia, campean, destacándose sobre el fondo oscuro del suelo, estas palabras: Fe, Servicio y Sacrificio que el afán de los cadetes ha construido para que fueran norma y estímulo de los asistentes al curso.

Más allá, y como testigo supremo de todo cuando realizamos, se levanta la Cruz a los Caídos, con nuestras gloriosas banderas a los lados, señera firme y segura de nuestro tesón. Una guardia permanente de dos camaradas, forma, fusil en mano, como honor y ofrenda de los que supieron dar todo para que empezara en España el amanecer.

¿Quién será el que llamándose falangista, teniendo como consignas éstas, por lo duras, hermosas palabras, y como testigo constante el recuerdo de nuestros muertos avivado por la presencia de la simbólica Cruz; quien será digo, el que no ponga en todos sus actos, aquello que nos exige nuestro estilo recio y marcial? O sea, FE, entusiasmo, alegría en todo lo que nos exija el SERVICIO, que no debe ser más que el SACRIFICIO continuo.

Y es por ello que en cuantos falangistas han asistido al curso, les he visto brillar sus ojos por la alegría que nos produce el deber cumplido, por la resolución implacable de seguir adelante, para llevar a nuestra Patria por los derroteros de la gloria y del honor.

¡Cuantos y cuantos hechos podrían mencionarse, por lo hermosos, en el transcurso de estos días de formación en todos los aspectos!

Dejando aparte la labor diaria de la Academia (gimnasia, ducha, comidas, instrucción teórica y práctica, clase de canto, estudio, etc.), quiero mejor concretar mi atención a las emociones diversas en los actos más importantes llevados a cabo en ella.

Al acto solemne de izar y arriar banderas, corresponde como es natural la máxima emoción del día académico. En él, quien de veras sienta bullir dentro sí el espíritu revolucionario y sentimental que debe animar a todo buen falangista, no puede más que fijando los ojos en el azul del cielo, donde en guardia permanente forman nuestros mejores, pedir de Aquel que todo lo puede, nos permita seguir fielmente los pasos de nuestro primer Jefe Nacional y Fundador, José Antonio.

Otro acto importante y emotivo de la vida de la Academia, es el fuego de campamento. Allí queda demostrado claramente la realidad de la alegre camara-

dería existente entre todos nosotros. Los mantamientos, (empezando por el Jefe de la Academia), la danza del cubo y otras variadas travesuras bien recibidas y nunca mal empleadas, ensanchan el corazón y preparan para los posibles «generales» de la noche.

No sé a que sería debido, pero lo cierto es que una noche poco antes del toque de silencio, la mayoría de los cadetes estaban en el patio, entregados a la tarea de mondar patatas para las comidas del día siguiente, armando al mismo tiempo un ruido formidable.

De goipe, la corneta impone el silencio y lo que había sido vocerío aterrador, se convierte en silencio impresionante en la suave hermosura de la noche. De pronto, se eleva el son melancólico de una filarmónica que entona «Camisa azul».

Arriba el cielo estrellado, en pie un muchacho, desnudo el torso bronceado por el Sol; desparramados por el suelo, cincuenta camaradas prosiguen incansables su labor...

Para mí, espectador de todo, fué una de las mejores impresiones a través de mi estancia en Arenys.

¡Vamos muchachos, que han tocado generala! ¡Oh desgracia para los que duermen en sueño profundo, en pocos segundos quedamos formados. Tres minutos para vestirse y en marcha. Y así, recia la pisada, paso marcial, cabeza erguida, salimos a la calle mayor del pueblo entonando virilmente una de nuestras canciones. Al frente dando ejemplo, nuestro jefe. Terminada la canción se oye: «A ver, la filarmónica» y así al compás de las notas que emanan del instrumento, marchamos para llegar al pueblo vecino y volver a paso ligero hasta el campamento. ¡Cuanto ardor combativo hemos demostrado en nuestra marcha!

Cuando de pie firmes, delante la Cruz, oímos la alocución de nuestro jefe y nos mandan entonar «Cara al Sol», damos por muy bien empleadas las horas de sueño. Romper filas y a la cama... para unas horas solamente.

¿Otra vez generala? Y así marchamos otra vez. Uno, dos; uno, dos, nuestros firmes pasos suenan fuertes por las calles siendo a mi entender la confirmación de un lema muy sencillo, pero que encierra la promesa de una raza que vuelve a por su redención. Este lema es: VENCERÁS JUVENTUD.

¡ARRIBA ESPAÑA!

JOSE FONT

Delegado del F. de J. de Montmeló

Reconstrucción y Reparación de Templos

III - Algo sobre las imágenes

EL eco favorable que tuvieron mis artículos sobre este tema vivo de la restauración de nuestras Iglesias, me decide a reanudar la serie, tras las vacaciones veraniegas en que los asuntos graves quedan un poco descuidados.

Hoy quiero, no obstante, traeros una experiencia recogida durante esas vacaciones, la cual planteó un problema que también tiene importancia y actualidad en nuestra región. Voy a escribir acerca de las imágenes sagradas, en las que se concentra la atención de los devotos, tomándolas como estímulo sensible para sus devociones espirituales.

No voy a plantear la cuestión de fondo de las imágenes, ni me voy a ocupar de la espantosa invasión de imágenes impropias del templo que sufren nuestras Iglesias. Mi próximo artículo irá dedicado a esos horrendos santos de pasta que dan una lamentable celebridad a la ciudad de Olot.

Pero en el de hoy intentaré, tan sólo, sentar un criterio acerca de otra cuestión que en cada caso suele apasionar enormemente a los fieles. Me refiero a los mantos que cubren algunas imágenes religiosas.

Naturalmente, no me refiero a aquellas ya hechas para vestir y que en su obra de escultura se reducen a ser una maniquí con cabeza y manos. Hablo de las que están totalmente talladas y a las que luego se oculta con un ropaje de tela innecesario.

Es frecuente que en Iglesias donde se venera una Virgen arcaica—en general románica o gótica—sea ésta vestida con un manto en forma de embudo o cucurucho, del que emergen los rostros de María y el Niño, rodeados por sendos corquillos de plata y a veces rematados por largos tirabuzones de pelo natural.

Unas camareras de la Virgen se encargan de vestir y aderezar la sagrada imagen y sólo ellas saben en el pueblo que bajo aquellos ropajes se ocultan otros labrados en la madera, policromados y dorados. De vez en cuando, una devota regala su vestido de novia para hacer un manto o, en cumplimiento de un voto, dá sus propios cabellos para una peluca nueva. El resto de los fieles llegan a creer que su Virgen no es más que un armazón sin forma, que es preciso disimular con las telas bordadas.

Casi siempre estas imágenes son sentadas y al colocarles el manto encima parece que están de pie, con lo cual resultan rechonchas y achaparradas, en detrimento de la nobleza y majestad con que deben presentarse a los ojos del pueblo piadoso.

Pues estos mantos representan la noción diametralmente opuesta al verdadero concepto del Arte religioso. Ya dijimos que el Arte en la Iglesia tiene una doble finalidad; ser un tributo a Dios de lo mejor que el hombre puede darle y

excitar la devoción de los que concurren al templo.

Para excitar esa devoción es necesario que las representaciones sagradas sean tan nobles y bellas como pueda hacerlas el hombre. Y en cuanto tributo a Dios, hemos de darle lo mejor que produzcan nuestras manos, es decir, la obra artística, que es en lo que el hombre más se aproxima al divino poder de la creación.

La riqueza se ha de ofrecer a Dios en una forma inteligente, es decir, sirviendo de medio de expresión a más altos valores espirituales. La riqueza por la riqueza, por vanidad, por ostentación, es rigurosamente contraria al sentido cristiano de la vida. El gran vicio de los tiempos modernos es esariqueza superflua, que tiene el fin en sí misma y a la que llamamos «lujo». Los mantos puestos a las imágenes sagradas privándolas de su belleza artística son una manifestación del lujo, sin otra significación.

Hay que concluir, por tanto, que la colocación de mantos a imágenes de talla es una costumbre viciosa. Y nos lo confirma la apreciación de la época en que esto se ha venido haciendo. Los mantos son obra de los dos últimos siglos, o sea de un tiempo en que se olvidó el sentido cristiano de la Edad Media y repugnaban sus realizaciones artísticas, incomprendidas y chagadas en una corriente de mal gusto. Raras veces encontraremos un manto del siglo XVII o del siglo XVI. Anterior ninguno.

Por fortuna, han cambiado las cosas y cada vez nos identificamos más los españoles con el ideario y la sensibilidad de nuestras épocas más gloriosas. En el orden de la cultura artística se han hecho también inmensos progresos. No hay ya razón para continuar con el sistema de los vestidos postizos, como no sea para satisfacer la vanidad menuda de algún donante.

Y sin embargo, a veces se encuentran oposiciones cerradas, incluso en personas de buen juicio, cuando se plantea concretamente uno de estos problemas. No enfrentan razón ninguna a la argumentación que queda estampada más arriba. Se fundan únicamente en motivos de prudencia o de oportunidad. Temen escandalizar a los devotos, acostumbrados a ver a su Virgen así, los cuales se creerían engañados o defraudados con el cambio.

En la práctica este temor queda totalmente destruido realizando, previamente y con acierto, una predicación que lleve a los feligreses el convencimiento de la mejora que representa la supresión del falso manto.

La experiencia de que esto es así la tenemos en la Patrona de Cataluña, la Virgen de Montserrat, que ahora se muestra en su santuario con su hermosa talla dorada al descubierto y este hecho no ha entaviado en nadie la devoción. Los monjes benedictinos han procedido con una decisión que no ha tenido nada de imprudente.

*Pero en medios menos favorables ocurre lo mismo. He pasado unos días de vacaciones en Navarra y allí he tenido la oportunidad de ver el desbordante entusiasmo de un pueblo al conocer por primera vez la realidad maravillosa de su Virgen románica. En Azagra, pequeño pueblo de la ribera del Ebro, vi sacar procesionalmente a su Virgen del Olmo, por primera vez descubierta y restaurada. El resultado fué un sorprendente incremento de la devoción popular.

En un pueblo vecino llegué a tiempo de ver otra soberbia talla vestida. Obtuve licencia del párroco para quitarle el manto a fin de fotografiarla. La sorpresa de los vecinos que lo presenciaron fué extraordinaria. Sus prejuicios se trocaron en indignación contra los que habían colocado, muchos años atrás, aquel manto y no habían vacilado en aserrar las rodillas de la Virgen para que cayeran bien aquellas telas ostentosas. Marché de allí con el convencimiento de que será el fervor popular el que impondrá la supresión del manto para la fiesta del año próximo.

Lo importante en materia religiosa es proceder con recta intención y con verdadero espíritu cristiano. Después de esto, no hay más que esperar la bendición de Dios.

LUIS MONREAL Y TEJADA

NUESTRO PAISAJE

Por C. COLOMER MARQUÉS

La tierra do me criare
démela Dios por madre
(Refrán popular)

ES una tarde de domingo. En esta fuente el agua, cantarina, mana en abundantes chorros. Un diminuto arroyo da fácil salida a tal generosidad. Varios ansares chaporrotean en él, mientras el más próximo; inmóvil, me mira fijamente, receloso, con aires de perfecto burócrata. Más lejos el agua es recogida en una balsa de riego. El sol espolvorea su superficie que devuelve en reflejos de plata y azul los destellos vivos de esta hora temprana. Frente, en el fondo de un pequeño valle, se yergue silenciosa y oblonga la ciudad de Granollers. La torres de la iglesia, altiva, reverbera como coral los fulgores dorados del sol. En los extremos de la ciudad, las chimeneas de las fábricas, inhiestas, soberbiasas, quieren imitar la prestancia nacarada del campanario, y ennegrecidas por el humo perfilan su silueta, de tono jalde obscuro, en la geografía multicolor del cerro contiguo.

Lejos, en el fondo, una polifonía de colores. Los lomos hinchados de unos altares ofrecen a los ojos el maravilloso espectáculo de nuestra tierra magnífica, abierta y fácil al prodigio de la reproducción. Líneas rectas, figuras geométri-

cas, señalan los diferentes cultivos. Allá el verde vivo de los pámpanos contrasta con la amarillez de los rastrojos. A la derecha una gama de verdes: claros, oscuros, grisáceos. En la ladera destaca el color negrozco de las hazas recientemente labradas. Una vereda, blanca y pina, serpentea caprichosamente y rompe la armonía rectilínea de los campos de labor. En lontananza, la mole inmensa de Sélles hace mella exacta en el infinito telón zarco del cielo.

A nuestro lado el poblado de Cánovellas se levanta diminuto, apiñado, sobre un pequeño montículo. En el fondo, Tagamanent dibuja una inmensa mancha azul rematada geométricamente. A su derecha, el Montseny, imponente y grávido, luce sus ondulaciones de montaña formal.

La ladera de Tagamanent baja suavemente, en perfecta enarcadura, hasta las viñas apenas perceptibles. Casi a nuestra espalda, unos cerros ondulados, tierra paniega, yerguen impúdicos su forma redondeada. Pero en el fondo, contrastando con esta sensualidad, la montaña de S. Llorens del Munt de deja ver su silueta a contraluz; más al sur, se divisan, vertica-

les, las rocas altivas y religiosas de Montserrat.

Cerca de mí, un grupo está merendando. Son conocidos míos.

—Que aproveche, Don José, ¿Ha visto Vd. el esplendor de esta magnífica puesta de Sol? Mire este disco de oro que como ruborizado huye del horizonte. Fíjese en estas transparencias encarnadas que salpican el cielo. Y en la melancolía de los campos en esta hora. Y en estos cinco chopos esbeltos, cuyas hojas parecen vibrar de añoranza al día que se va. Mire, mire, D. José, los verdes se hacen más oscuros y ya los grillos inundan al aire con sus notas monótonas y tristes...

Don José calla e inclinado forcejea inutilmente para abrir una voluminosa lata de conservas. Por fin, sudoroso, fatigado, levanta la cabeza y me mira con unos ojos suplicantes ¿Sabría, acaso, abrir esto? Y me muestra tímido, el bote de conservas.

El cielo es de un violeta obscuro. Apenas se destaca la silueta de la ciudad. El reloj de la Iglesia de Cánovellas bate, apesarado y lento, nueve largas y graves campanadas. Luego, como eco monstruoso, da otras tantas el reloj de Granollers. Las vibraciones se prolongan, pausadas, en el silencio de la noche. Poco a poco, a través de una carretera

(Continúa en la página 3)